

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 16 DE MAYO DE 1901

NÚM. 547

ARTISTAS DE ZARZUELA

(TEATRO GRANVIA)



TERESINA CALVÓ





## CHARLA

UPONGO (y ya es suponer) que cuando salga esta revista ya se habrá solucionado la huelga de tranvías de esta población.

Falta hace ya que corran los coches por esas calles de Dios, en bien de las piernas y del que se dedica á cazar pantorrillas con *liga*.

¡Oh! Estos individuos están desconsolados y no saben lo que hacer para saciar sus apetitos ópticos.

Ayer hablé con uno de éstos.

—¿Cómo van los negocios?—le pregunté.

—Mal, muy mal, amigo mío,—me contestó, arrugando las narices.

—¿Cómo es eso?—le dije, interesándome.

—Ahora he trasladado el establecimiento al Parque.

—Muy bien hecho.

—Antes tenía el observatorio en la Plaza de Cataluña, frente al Continental, y allí... ¡qué raciones de vista me daba á ciertas horas! Con el continuo subir y bajar de los tranvías, me pasaba las horas muertas y no me acordaba de las infinitas miserias de este mundo.

—Y ¿no tenía usted más ocupación que ésa?

—¿Le parece á usted poco? Cuando tenga usted un rató desocupado, le enseñaré la estadística que tengo formada sobre las *formas* de la mujer en Barcelona.

—¡Hola, hola!...

—Es un trabajo acabadísimo que me ha costado muchos refrescos en el kiosco de Canaletas y bastantes disgustos.

—¿Qué me dice usted?

—Lo que usted oye. Conozco á todo el mundo, y siendo mujer, más; y como mujer que suba ó baje en el tranvía no se escapa de mi examen, en seguida la apunto en la libreta, poniendo sus *señas* y el color y dibujo de las medias. ¡Malditas sean las huelgas!

—Cálmese usted y continúe,—le dije riendo.

—Pues bien: hace algunos días me participó un amigo su proyectado enlace. «¿Quién es ella?», le pregunté. «Fulanita de Tal», me contestó. Y yo, sin poderme contener, exclamé: «¡Pantorrillas de primera, media escocesa...!» El novio no me dejó *seguir adelante*.

—Es natural.

—Y agarrándome por el cuello, me obligó á confesar que no había visto tal cosa, y hasta quiso romperme la cabeza con un paraguas automático.

—Y ¿no pasó de ahí?—pregunté.

—No, señor. Pero otro día, aciago también para mí, estaba escribiendo las *señas* de una mujer casada que acababa de descubrir un principio de pierna maravilloso.. y cuando estaba anotando «media gris, listada, arranque enloquecedor...», se *arrancó* el marido, que había visto la operación, y en poco si me hace tragar la libreta, con todas las pantorrillas que tenía apuntadas.

—Pues, hombre, lleve usted cuidado,—le dije cariñosamente.

—¡Y vea usted por dónde ha venido á fastidiarme la dichosa huelga!—continuó aquel pobre diablo.

—Algo podrá usted trabajar aún.

—Sí, señor: en el Parque, como ya le he dicho. Aquí tengo los apuntes de ayer.

Y sacando su cuadernito, me indicó una lista originalísima.

Allí vi nombres de mujeres conocidísimas y me enteré de cosas que no dejaron de interesarme.

Al principio de una columna de nombres había una con las *señas* trazadas con lápiz rojo.

—¿A qué obedece esto?—le pregunté.



—Esta es la tiple..

—Sí; la conozco; adelante,—dije, interrumpiéndole.

—Pues nada .. Ayer tarde la vi bajar de un coche en el Parque, y apunté en seguida: «Pantorrillas *suculentas*».

—Y bien...

—¡Y mal! ¡Que anoche cenamos juntos, y resultó que eran postizas! ¡Una equivocación cualquiera la tiene!

Al llegar aquí la conversación, hizo aquel individuo un movimiento rápido. Acababa de parar un coche á nuestro lado.

Se abrió la portezuela, el observador dirigió su vista de lince hacia aquel sitio y escribió con rapidez:

«Pierna bien modelada, media negra...»

—¡Borre usted eso!— le dije, riendo á carcajadas.—¿Apunta usted también á los curas?

JOAQUÍN ARQUES.

## COSITAS

Yo me arrimé á un pino verde  
por ver si me consolaba;  
como estaba verde el pino,  
me manchó la americana.

Llamé al cielo y no me oyó;  
cosa que nada me extraña,  
porque el cielo está muy alto  
y tengo la voz tomada.

A la reja de la cárcel  
no me vengas á llorar;  
envíame un par de duros  
y lo agradeceré más.

Cuando paso por tu puerta  
saco pan y voy comiendo.  
La merienda es algo pobre,  
pero estoy muy mal de perros.

Si quieres que te lo diga,  
cantando te lo diré:  
las mujeres y el gobierno  
me han dejado sin *parnés*.

Aunque sé que no me quieres,  
no me da pena maldita:  
me la da el que sólo tengo  
dos pesetas filipinas.

Mañana por la mañana  
se embarca el bien de mi vida.  
Si llega á marchar por tierra  
de seguro descarrila.

Los arroyos van al río  
y los ríos van al mar.  
Las pesetas que te he dado  
¡sabe Dios á dónde irán!

¿Que antiguamente eran dulces  
todas las aguas del amar?  
¡Cuénteselo usted á su abuela,  
porque á mí no me la da!

Dice el sabio Salomón  
que el que engaña á una mujer  
no sabe lo que se pesca,  
porque el engañado es él.

Si quieres que yo te quiera,  
ha de ser con condición  
de que se muera tu madre,  
pues suegra no aguanto yo.

Despierta si estás dormida,  
y si no duermes, ¿qué haces?  
Estoy á tu puerta, y tengo  
deseos de... calentarme.

P. LAGIARIO.



Con la graciosa sonrisa  
que se dibuja en su boca,  
parece que está diciendo:  
—¡Ay, chico, me tienes loca!



## ENTRE AMIGOS

—Pero ¿es verdad lo que dices?  
—Lo que te digo, Román,  
es la pura.

—¡Sí que es grave!  
Y ¿cómo pasó?

Verás  
Vino el *Persianas* á casa  
el lunes de Carnaval...  
—¿El de la Torcuata?

—El mismo...  
Y me dijo: «—Oye, Colás:  
¿quieres venir esta tarde?»  
«—¿Dónde vais?»

«—A merendar  
á las Ventas.»

«—Y ¿vais muchos?»  
«—El *Sabañón*, el *Guardián*,  
las hijas de don Antonio.. »  
«—¿El del acordeón?»

«—¡Caball!  
Juan el del pito, su esposa,  
dos chicas del *Tío Can-cán*,  
el tío de las bibliotecas,  
mi esposa, yo y varios más.»  
«—Y ¿habrá vino y expansión?»  
«—Y baile... y, en fin, habrá  
lo de costumbre.»

«—Pues, chico,  
hoy me puedes perdonar,  
pero tengo un compromiso  
que es de mucha *gravedad*»,  
le contesté yo.

—Prosigue.  
Ya me empieza á impresionar  
tu historia.

—Pues el *Persianas*  
va y me dice muy formal:  
«—Deja venir á tu esposa;  
*tos* te lo agradecerán.  
Ya ves, siendo *tos* amigos,  
creo no le han de faltar  
al decoro.»

—Y tú ¿qué hiciste?  
—¿Qué había de hacer, Román?  
Tú ya sabes que la Petra  
siempre ha sido muy *honra*.  
La dejé ir.

—Y ¿eso es todo?  
—¡Pa chasco! Pues ya verás  
lo que pasó por la noche  
cuando me marché á acostar.  
Abro la puerta de casa,  
y, al entrar adentro, ¡zas!,  
corriendo como un relámpago,  
me veo un hombre saltar  
de la cama.

—Y tú, entonces...  
—¡No me interrumpas, Román!...  
Iba envuelto en una sábana,  
gritando «¡Colás! ¡Colás!»  
Yo le conocí en seguida.  
—¿Era el *Persianas*?

—¡Caball!  
Tú ya conoces mi genio.

¡Le quería destrozar!  
Pero luego pensé un poco,  
y me dije: «¡Alto, Colás!  
¿No puede ser una broma?»  
Salgo, le voy á buscar,  
y le digo: ¡Tú eres esto...  
esto... aquello... y lo demás!  
¡Puedes suponer las frases  
que le diría, Román!  
—Y él ¿qué te dijo?

—Me coge  
y me dice: «—Oye, Colás.  
¿Tú comprendes que un amigo  
como yo puede faltar  
á otro? ¡No seas necio!  
¡Son bromas de Carnaval!»  
Yo no quedé muy conforme

y te he venido á buscar  
para que tú, que eres listo  
y persona algo *ilustrá*,  
que has estudiado gramática  
y aritmética y demás,  
me des un consejo. Dime:  
¿Qué harías tú en mi lugar?  
Contéstame sin rodeos.  
—No ser tan primo.

—¡Román,  
creo que me estás faltando!  
—No. Te digo la verdad.  
En tu lugar, no ser primo;  
pero en el otro lugar,  
en el lugar del *Persianas*,  
¡dar bromas de Carnaval!

JOAQUÍN MOYA.



Un poco corta de vista  
parece esta niña bella.  
Esto bien claro me dice  
que es de aquellas que se acercan.

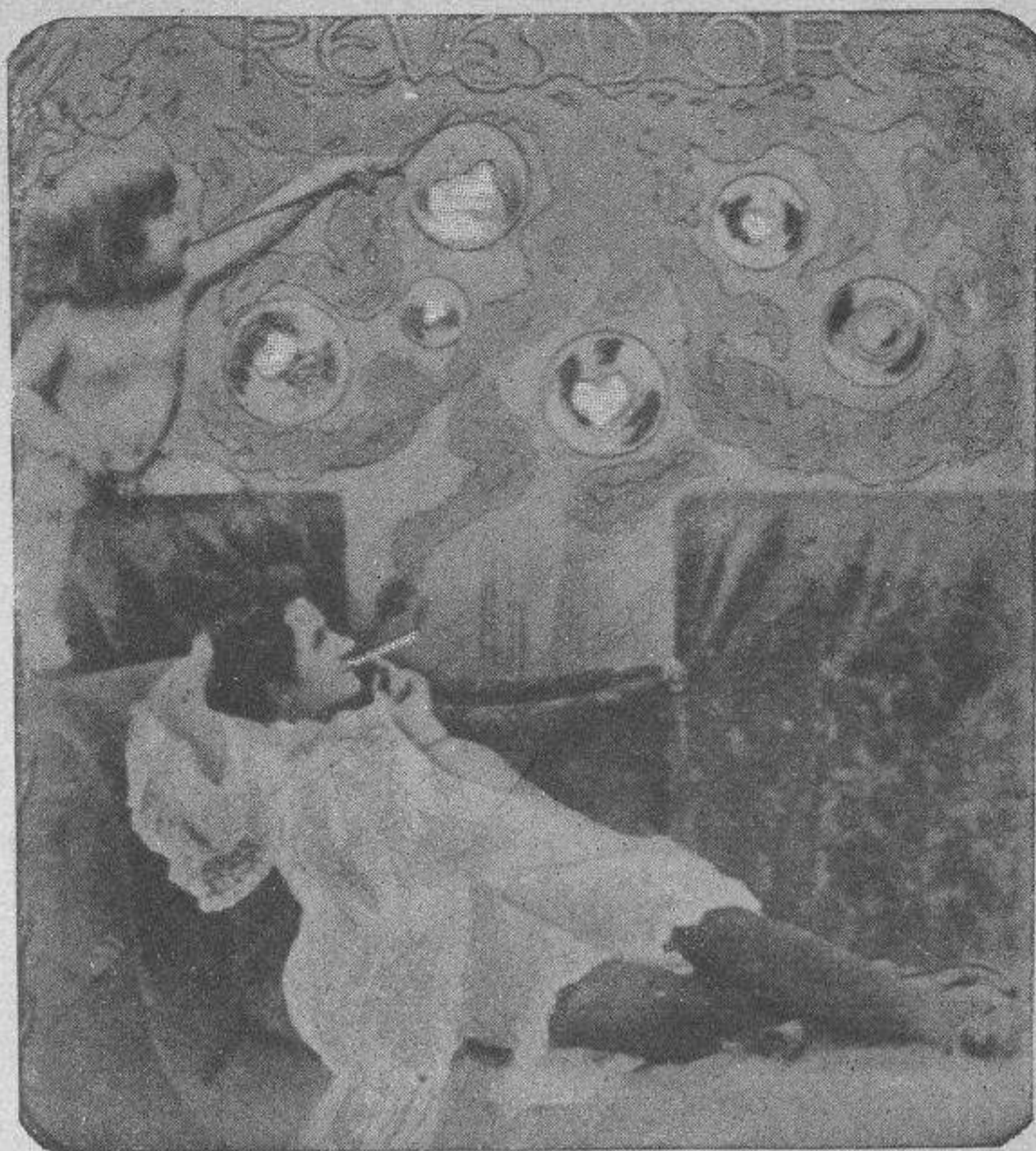


## RECETA

A los que tengan anginas se les recomienda leer en voz alta los siguientes versos:

«Dijo un jaque de Jerez,  
con su faja y traje majo:  
«—Yo al más guapo el juego atajo,  
que soy jaque de ajedrez.»  
Un gitano, que el jaez  
aflojaba á un jaco cojo,  
sacando, ciego de enojo,  
de esquilar la tijereta,  
dijo al jaque: «—¡Por la geta  
te la encajo si te cojo.»  
«—Nadie me moja la oreja»,  
dice el jaque; y arrempuja;  
el gitano también puja,  
y uno aguija y otro ceja.  
En jarana tan pareja,  
el jaco cojo se encaja,  
y tales coces baraja,  
que, al empuje del zancajo,  
hizo entrar, sin gran trabajo,  
al gitano y jaque en caja.»

Antes de la tercera lectura las anginas han reventado... y puede que el paciente también.



Como el humo del cigarro  
son sus promesas de amor.  
Se disipan como el humo  
y las bombas de jabón.

---

## HISTORIA ETERNA

**C**L cuco canta las ocho; don Julián dice ocho veces «Me voy»; Teresita le pregunta casi otras tantas «¿Se te olvida alguna cosa?»; él pasa revista á sus bolsillos: encuentra en ellos el pañuelo, la petaca, las cerillas, el llavín para entrar en el despacho del jefe y la novelita con que entretiene los ratos de ocio en la oficina; y convencido de que no ha olvidado nada, da un beso en la frente de Teresita, para ahuyentar de ella los malos pensamientos, y sale resueltamente al quinto rellano de la escalera.

Después de cerrar la puerta, mira si sube ó baja algún vecino, y, en vista de que nadie baja ni sube, saca del bolsillo un sellito de cuarto de céntimo, lo pasa por la lengua, se agacha y lo pega de modo que una punta queda adherida á la puerta y otra punta al quicio, formando un puentecillo de papel que no cederá seguramente al peso de una mosca, pero que se romperá ó despegará al paso de un visitante.

¿Para qué negarlo? Don Julián es horriblemente celoso, y lo prueba él mismo cuando cree y cuando dice que no sabe lo que son los celos, y que él es como todo el mundo.

Teresita también lo prueba, porque á pesar de ser mucho más joven que su marido, y á pesar de que don Julián le hace sufrir mucho con sus celos, y á pesar de que á ella le gusta extraordinariamente un tal Acisclo, muy lejano pariente, pero muy próximo y pegajoso contertulio, Teresita no alienta, ni siquiera con una mirada, la pasión del joven, ni abriga el menor propósito de hacer traición al viejo.

Y digo que la honradez de Teresita es una prueba de que es celoso su marido, porque si ella fuera casquivana, ¡qué mucho que él fuera desconfiado! Pero siendo ella buena, las precauciones de él son pura ridiculez y puros celos.

Digamos también que el sueldo de don Julián es modestísimo; pero su vida es tan metódica y sus gastos tan arreglados, que no debe un céntimo, y el matrimonio goza de todo lo preciso, ya que de nada superfluo.



## La Saeta

La casa no tiene más que el recibimiento, una salita, el comedor y la cocina, sin otros muebles que los indispensables, entendiendo por indispensable para una casa pobre, el sofá y la media sillería que llenan la salita y que son de reps y con muelles. Porque si vamos á suprimir ya

ciertas cosas, ¿quién se casa?

Don Julián pasó, pues, por la compra de las sillas, butacas y sofá de muelles; pero los miraba siempre con antipatía, como un exceso de *comfort* que podía engendrar la molicie, la holganza y el ocio peligroso y endemoniado.

Y no andaba su pensamiento muy lejos de estas cosas cuando, al volver de la oficina, encontró roto el sellito que había pegado á la puerta.

Crean ustedes que nuestro hombre se esforzó cuanto pudo por dar á su voz el tono de la más perfecta indiferencia, cuando preguntó á Teresa:

—¿Ha venido alguien?

Pero crean ustedes también que sus palabras sonaron como si hubiera dicho:

—¿A quién le saco la mólleja?

Teresita contestó que había venido Acisclo á felicitarla por ser sus días; don Julián prorrumpió en gritos y en denuestos contra el pa-

riente, que bien podía haber esperado á la hora de la tertulia y haberla felicitado por sus noches; no quiso almorzar y se encerró en la salita, donde, ¡mire usted qué paraguas!... digo, ¡mire usted qué demonio!, encontró el paraguas que Acisclo había dejado por olvido, sin duda, como decía entre sollozos la pobre Teresita, ó con la más dañada intención, como decía don Julián.

—No hay duda de que ese soso piensa volver esta tarde,—murmuraba entre dientes;— ¡pero no sabe él la que le espera!

En seguida envió á Teresa á la cocina; clavó en el centro de cada silla, en las butacas, y en dos ó tres puntos del asiento del sofá, alfileres largos; pegó á la parte inferior de los asientos pedazos de papel de sellos de impresos, de tal modo, que era imposible sentarse sin que el alfiler traspasara el papelito correspondiente; llenó después de papeles las seis sillas del comedor, tomando nota de que la punta de este recibo salía un poco de este barrote y la cabeza del contrato de inquilinato se apegaba ligeramente en aquel respaldo. Llamó á Teresita y le dijo:

—No me da la gana de que recibas esta tarde al tal Acisclo. Te advierto que lo he de saber. No quiero tampoco que toques á estos papeles: ya sé yo cómo quedan.

Y se marchó á la condenada oficina, echando demonios. Un momento después, Teresita se enteraba de la travesura de los alfileres, pero no se atrevió á tocarlos.

Hay que advertir que el tal Acisclo llevaba más de un año resolviéndose todas las noches á





visitar á Teresa al día siguiente y declararla brutalmente su pasión, y que más de trescientas sesenta y cinco veces se había vuelto desde el portal ó desde la esquina.

Todas las noches, su valor era el del león; y todas las mañanas el león se convertía en gato. Acisclo era el hombre más tímido del Universo; necesitaba estar seguro de que su amor había de ser correspondido, y la verdad es que Teresita no le decía nada que pudiera tranquilizarle.

Media hora después de marcharse don Julián, se presentó Acisclo, que, no habiéndose encontrado con valor para declararse por la mañana, había dejado el paraguas para volver con más valor por la tarde.

Caía un diluvio, y el tal Acisclo parecía un perro recién bañado. Teresa pensó no abrir la puerta; pero ¿cómo dejarle ir sin su paraguas? Lo cogió y abrió la puerta... Acisclo se coló por ella como el aire, diciendo:

—Perdone usted, Teresita; creo que me he dislocado este pie. He resbalado en el portal y por poco me mato.

Dejó en la percha el sombrero y el abrigo y dió dos pasos cojeando.

Teresita, entonces, echó á andar hacia la sala, sin que en realidad se diese clara cuenta de lo que hacía, y tomó asiento en su silla de costura, única que no tenía. . contador.

Ya iba Acisclo á sentarse en una butaca, cuando ella exclamó con terror:

—¡No! ¡Ahí no!

—Está rota, —pensó Acisclo; y fué á ocupar la otra.

—¡No! ¡En esa tampoco! —gritó Teresa con igual espanto que antes.

—Bien, aquí, en una silla.

—¡No!—dijo ella, extendiendo las manos y más colorada que una guinda.

—Bueno; en el sofá.

—¡Tampoco, tampoco!

Acisclo se puso, á su vez, muy colorado, porque no había más asientos. Aquello le parecía ya tan claro...

—Teresa de mi alma, perdóname. He estado muy torpe; pero ya comprendo cuál es mi sitio.

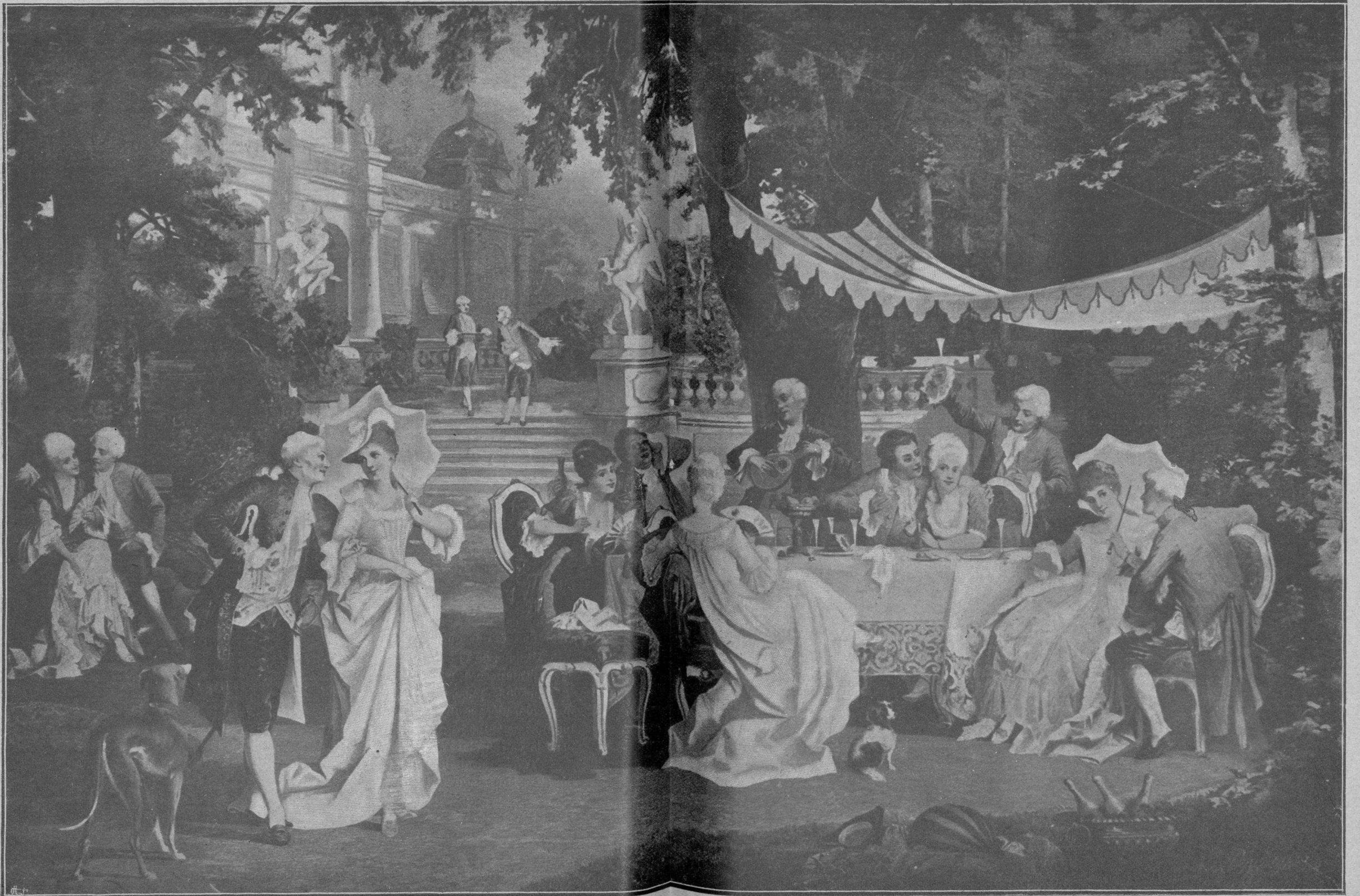
Y cayó de rodillas á los pies de Teresita.

.....  
¿Final? ¡Pchs! Digan ustedes: «Y, sin embargo, llovía».

F. SERRANO DE LA PEDROSA.







El banquete



## UNA HUELGA EN EL AÑO 2000

**M**IREN ustedes que estamos bien con las huelgas!

Unas veces los albañiles; otras los tintoreros; otras los empleados de tranvías; otras... ¡el diablo que cargue con todos los que desean holgar... haciendo trabajar á los demás!

¿A que no se declaran en huelga los caseros para no cobrar los alquileres á los inquilinos, ni las señoras para evitar que modistas y *modistos*, comerciantes y sombrereros, esquilmen á los pobres maridos con las enormes cuentas á que ascienden los trapos que aquéllas adquieren?

Y crean ustedes que ésta sí que sería una huelga beneficiosa para alguien.

Para los pobres esposos que se ven asaeteados por facturas que no saben cómo pagar.

¡Que si quieres! Por el contrario, lo que hacen las pobrecitas de mi alma es formar sociedad más compacta para arruinar al pobre marido.

Pensando en la injusticia que existe en este mundo, hasta para eso de las huelgas, que muchos llaman justas, me quedé dormido antes de anoche.

—¿Qué será lo que quedará por holgar el siglo que viene?—me preguntaba yo, conforme se me iban cerrando los ojos.

Y no sé si me contestaría ó no; pero el caso fué que, preocupado con aquella idea, soñé y... vamos, que mi sueño tuvo poco de agradable.

—¿Qué es lo que sucede en este país?—preguntaba en mi sueño á la dueña de la casa en que estaba de huésped.

—Poca cosa,—me contestó mi patrona, que, dicho sea de paso, era una morena sobradamente apetitosa.—Que nos hemos declarado en huelga las casadas.

—¿Qué dice usted?—exclamé sorprendido.

—Lo que oye. Sí, señor. Ya estamos cansadas de la vergonzosa tiranía á que nos tienen sujetas los señores hombres. ¡El marido es un déspota, un egoísta que todo lo quiere para sí: desde nuestro cuerpo hasta nuestra alma; desde la cocina al lecho, todo ha de ser para él! ¡Eso no podía subsistir! ¡El progreso humano no podía consentirlo, y ya hemos saltado por encima de todo y nos declaramos en huelga!

—Pero, mujer,—exclamé,—¿qué clase de huelga es la de ustedes?

—La de eximirnos de todos los servicios y deberes, que ya se nos han hecho odiosos. Queremos ser libres.

—¡Libres! ¿En qué sentido?

—En todos.

—Si no tenemos sino cinco sentidos...

—Ya lo sé. Pero en esos cinco están resumidas todas las libertades humanas. Queremos verlo todo, porque de esa manera escogeremos lo que más nos agrada. Queremos del mismo modo oirlo todo, para que sepamos siempre á



En la hamaca se columpia  
este cuerpo soberano;

y por su *traje*, demuestra  
que estamos en el verano



qué atenernos. Queremos oler todo aquello que hasta ahora se había vedado á nuestro olfato, y, finalmente, queremos gustar y tocar cuantos manjares ofrece la cocina masculina y cuantos instrumentos nos causen mayor deleite. Ya ve usted que es muy justo nuestro deseo.

—¡Ya lo creo!—contesté.—Mas si desde la madre Eva...

—No me hable usted de eso,—me interrumpió mi patrona.—Ese ha sido siempre el argumento de los hombres. Vamos á ver: si Eva no tenía á su lado más que á Adán, ¿á quién podía ofrecer la manzana? Lógico era que él solo se la comiese. Pero ¿estamos nosotras en el mismo caso? Manzanas se encuentran muchas hoy en el mundo; y ¿cree usted justo que se las coma un hombre solo, cuando tantos hay que quisieran darle también un bocadito?

—Sí; mas si son tantos los que han de morder de una misma manzana, se quedará ésta...

—Es que el que la muerda mejor se quedará con el resto.

—Pero ¿y si entre cataratas se va toda ella?

—Siempre nos quedará la satisfacción de conocer todos los gustos. Nada, nada: queremos ser libres en el estado libre. La libertad para todo. Hasta ahora fuimos esclavas: cuando niñas, de la voluntad paterna; cuando jóvenes, del novio que se nos presentaba; casadas, del marido, á quien debíamos servir de todo y para todo, nos gustase ó no nos gustase; de los hijos, á quienes debíamos criar, limpiar y educar. Nos estaba vedado ver, oír, gustar, oler y tocar otras cosas que las del pequeño circuito de la casa. Esta tiranía era absurda y tenía que llegar un momento en que terminase. Hemos proclamado la libertad; nos hemos declarado en huelga respecto á nuestros deberes conyugales, y nos va muy bien. Amor libre, existencia libre; fuera trabas, fuera restricciones.

Confieso que estaba asombrado; en medio de mi sueño, se entiende.

Iba á contestar á las últimas frases de mi patrona, cuando en esto entró su marido en la habitación.

—Vamos á ver,—dijo.—¿Qué hago yo ahora?

—Tú, al fogón,—contestó la morena con altivez.

—¿Y tú?—preguntó el marido.

—Yo á la cama. Estoy muy cansada. He paseado dos horas con el capitán Mendoza, y el maldito no se cansaba nunca.

—¡Me lo figuro!—contesté, mirando intencionadamente á mi patrona.

—Es que yo también quisiera...—dijo el marido.

—¡Nada! Ya lo sabes. Estamos en huelga. Vete á la cocina si quieres comer.

—Pero ¿y nuestro hijo, Mariquita, que no ha mamado desde ayer?

—Ya lo tiene el nodrizo.

—¿Qué ha dicho usted?—exclamé, sin poderme contener.—¿El nodrizo?

—Sí, señor. Los maridos viejos, los que ya



Se conoce en su mirada que es artista consumada.





Con esas alas de plumas,  
ven hasta mi pobre lecho.  
Que como llegue á atraparte  
no remontas más el vuelo.

no sirven para otra cosa, los hemos convertido en nodrizos.

— Pero...

— ¡Con biberón, hombre, con biberón!

En este instante entró en la estancia un joven muy elegante que ofreció á mi patrona un ramo de flores.

— Pase usted, Arturo, pase usted,—le dijo, sonriéndole afablemente.

— Voy. — dijo el marido, tratando de seguir á su esposa.

Pero ésta le detuvo, diciéndole:

— ¡Tú al fogón! Ya lo sabes. Estamos en huelga. Arturo y yo vamos á ensayar un paso á dos que hemos de bailar en el teatro Con permiso de usted.

Y los dos entraron en la sala y yo me quedé mirando al marido, que con la sonrisa más bonachona del mundo me dijo:

— ¡Ya lo ve usted! Esta es la herencia que nos ha dejado el siglo pasado. Ya no quedaba nada que declararse en huelga, y se han declarado las casadas.

Asombrado por todo aquello, me llevé las manos á la cabeza, y tan brusco fué el movimiento que hice, que me desperté.

Afortunadamente, no estábamos en el año 2000.

R.

### EPIGRAMA

Rindióle á Justa, Ramón  
una linda serenata,  
y ella, por no ser ingrata,  
á oirla salió al balcón.

Al verla, dijo su majo:

— ¿Qué instrumento más te gusta?

— La flauta,—respondió Justa,—  
tocada así... por lo bajo.

Por la copia,

E. BERNABÉU TORREGROSA.

## AMOROSA

Aunque estás de mí lejos, escucho  
los lánguidos ecos de dulces palabras  
que disipan mis penas inmensas  
y me llenan de júbilo el alma...

Aunque lejos estás, todavía  
de tu aliento el perfume me embriaga,  
y yo siento que traen á mis labios  
de los tuyos, los besos, las auras.

En mis sueños te veo á mi lado  
y estrecho, como antes, tus manos tan blancas  
cual la nieve que cubre en invierno  
las altas montañas.

.....  
¡Tú me querrás siempre!  
Lo he leído en las dulces miradas  
de tus ojos azules, que expresan  
la sublime pureza de tu alma...  
¡Tú me quieres!... Divina sonrisa

entreabría tus labios de grana  
aquel día que oíste, amorosa,  
las dulces palabras  
que á tu oído decía yo, lleno  
de amor y esperanzas...

¡Tú me quieres!... Lo dicen tus ojos,  
lo dice el hermoso lenguaje de tu alma;  
¡el sublime lenguaje que nunca  
expresarse podrá con palabras!...

¡Tú me quieres!... ¿O han sido fingidas  
y falsas las lágrimas  
que yo he visto temblar muchas veces  
en tus negras y hermosas pestañas?

.....  
¿Qué me importa no estar á tu lado,  
si tengo tu imagen grabada en el alma,  
si sé que me adoras, y siento en mis sueños  
que me besan tus labios de grana?...

SANTIAGO A. NARRO.



# EL CORSÉ

**J**UAN Luis era uno de esos jóvenes atildados que se pasan la vida ante un espejo, dándole toques á la corbata y golpes de peine á la planchada cabellera.

Las muchachas le llamaban el *figurín*, y, en verdad sea dicho, si alguien se tomaba la molestia de repasar su *tocado*, no podía poner tacha ni á los más minuciosos detalles.

No faltó una que le estropeará el corazón con sus miradas ardientes, y cuando creyó que aquella mujer le ofrecía un cariño inmenso, tuvo la debilidad de admitir la bendición que una para siempre al hombre con la *Venus* de su pensamiento.

Los primeros días, esos que se llaman desde tiempo inmemorial de luna de miel, fuéronle muy sabrosos y muy risueños; mas después comenzó á sentir celos, que, cuando son fundados, no resultan cursis.

Esto dió lugar á perder el cariño ó ilusión que tuviera para la que nombró compañera de su vida, y por ello continuó de nuevo sus conquistas y amoríos.

Tropezó en su camino de calavera con una linda joven de diez y ocho abriles y de pocos meses de casada.

Puso en práctica todas sus ideas, y no tardó en verse correspondido por la infiel.

La visitaba con frecuencia y á horas en que el marido no estaba en casa, y uno de los días hubo de pedirle, quizás por el mero hecho de pedir, el corsé de cadenitas que tantas veces habían aprisionado sus manos para envolver el talle que cubría.

La debilidad, que es una de las bellas cualidades de la mujer (según yo entiendo), fué causa de que accediera á la petición del amante, y Juan Luis, dueño ya de aquella prenda, la llevó á su casa, diciendo á su esposa:

—Toma un regalo que te acabo de comprar.

Su mujer tomó el corsé, y como le gustara, se lo colocó inmediatamente.

Margarita, que así se llamaba la compañera que Juan Luis eligiera para sobrellevar el peso de la vida, estaba enamorada de Arturo, esposo de la primitiva dueña del corsé, con el cual pasaba todo el tiempo en que Juan Luis se dedicaba á su nuevo amor.

Y ocurrió lo que había de ocurrir.

Una noche en que Arturo visitó á Margarita, sufrió una indigestión horrible cuando observó que el corsé de cadenitas, el que usaba su mujer, y no veía desde algún tiempo, estaba ajustando las formas de su amada, de su nueva *señora*.

Desde luego supuso aquel traspaso; pero hubo de preguntarle:

—¿De dónde has sacado este corsé?

Margarita, con la mayor naturalidad, le respondió:

—Me lo ha regalado Juan Luis.

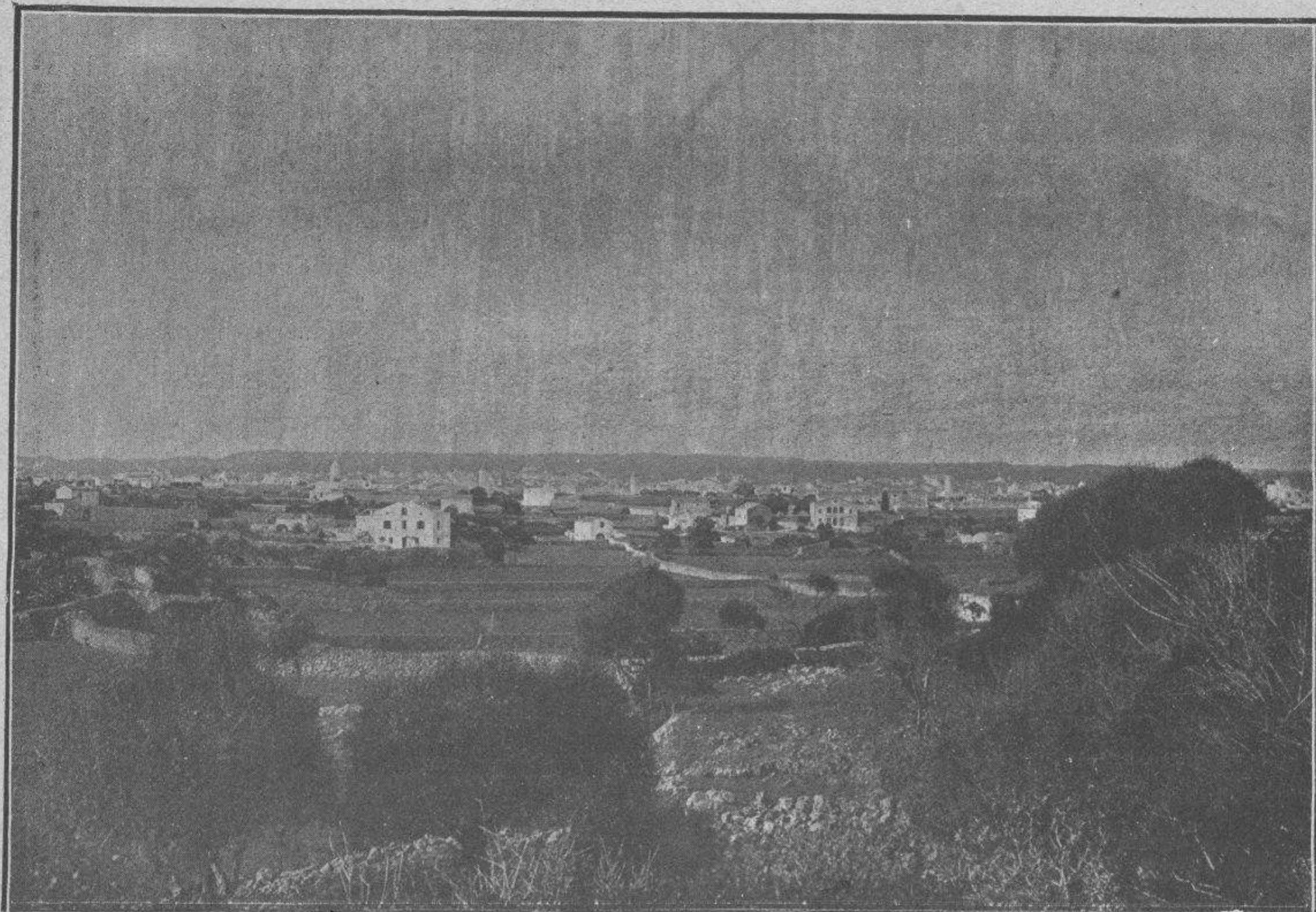
LUIS LACOSTE.



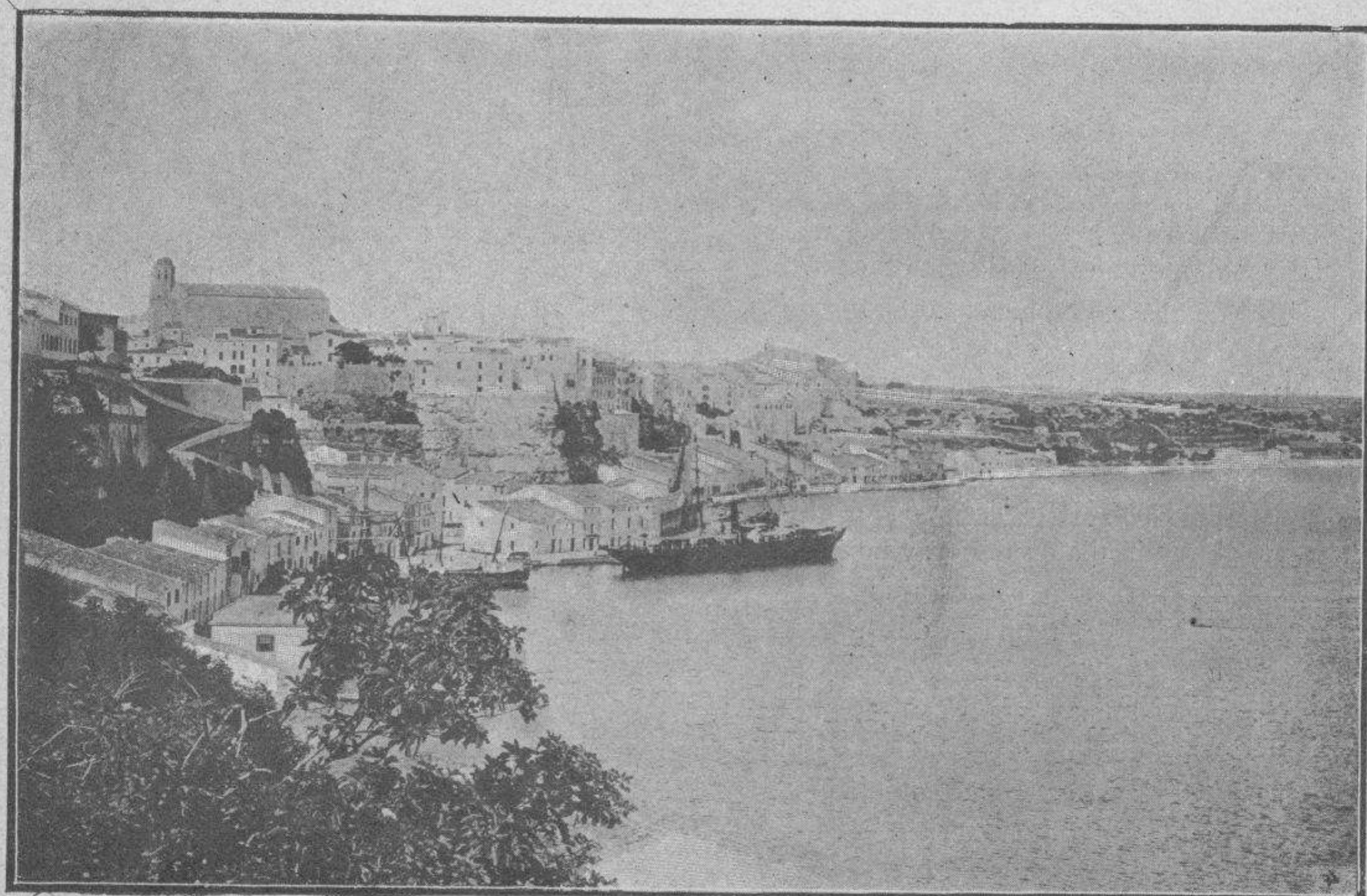
Aunque parece,  
no es aldeana;

pero es muy fresca  
esta muchacha.





MAHÓN.—VISTA DESDE EL MONTE



MAHÓN.—VISTA DESDE LA CUESTA LARGA



# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Plato filarmónico

Canarios y ruiseñores  
sin plumas y con manteca,  
los irás depositando  
en una fuente tortera;  
después echas macarrones  
de los más gordos que veas,  
y cubriendo todo esto  
una capa de habichuelas.  
Más música, de seguro,  
no te la dará una orquesta.

J. A.

De un marido que había echado ya al cementerio á cuatro mujeres á fuerza de malos tratamientos, decía uno de sus amigos:

- Ese hombre es como la Fe.
- ¿Por qué?
- Porque hace mártires.

**DINERO** se facilita sobre papeletas de los Montepíos, pianos sin retirar, á comerciantes con dos firmas, en primera hipoteca y toda garantía que convenga. Puertaferriosa, núm. 11, 2.º, 2.ª, de 10 á 1 y de 4 á 7.

Un individuo, acostumbrado á burlarse de todo el mundo, se presenta en la puerta de un café y pregunta:

- ¿Es éste el café de los timadores?
- A lo que responde uno de los allí presentes:
- Sí, señor; puede usted pasar.

Un cliente encuentra á su médico en la calle.

- ¡Querido doctor! ¡Tanto gusto en verle!
- ¡Gracias!
- Y á propósito: dígame usted: ¿qué aguas debo tomar este año?
- ¡Desgraciado! ¿Usted bebe agua?

Un marido divorciado encuentra en una tertulia á su esposa.

Al hablar con ella breves instantes, la mujer dice:

—No puede usted figurarse cuánto me pesa la pensión que usted me tiene señalada.

—¿Se la dan á usted en oro?

—No, señor; pero cada trimestre siento un remordimiento horrible.

—Pues bien: daré orden de que se la den á usted toda de una sola vez. Así se ahorrará usted tres remordimientos al año.

**GARANTÍAS DEL LICOR DEL POLO:** 31 años de existencia con ventas verdad, comprobadas, de más de mil frascos diarios solamente en España. Entre todos los dentífricos extranjeros juntos no venden en España la décima parte. El más agradable, más higiénico y más barato de los dentífricos. Premios en Viena y Paris. Primer premio IX Congreso de Higiene. El antiséptico más eficaz y el unico que conserva sana la dentadura hasta la más avanzada edad. Hecho testificado por dos generaciones.

### Fuga de vocales

.lv.d. . D..s p.r q..r.rt.;  
m.r. s. m. .m.r .s gr.nd.,  
q.. m. q..r.r s. p.r.c.  
.l c.r.ñ. d. t. m.dr.,  
p.r l. m.ch. q.. t. q...r.

.L.N.

### Jeroglífico comprimido

Nro A RE

RICARDO DASÍ.

### Logogrifo numérico

- |                 |                   |
|-----------------|-------------------|
| 1 2 3 4 5 6 7 8 | Nombre de un río. |
| 4 2 3 5 4 8 2   | Nombre de varón.  |
| 6 7 1 5 8 7     | Comestible.       |
| 1 2 4 5 8       | Apellido.         |
| 6 7 1 2         | Ave.              |
| 4 5 2           | En el patibulo.   |
| 7 4             | Voz de mando.     |
| 2               | Vocal.            |

FRANCISCO MOTOS DÍAZ.



Tarjeta



Formar con estas letras combinadas el título de una zarzuela.

J. V. CHANIDOC.

Cuadrado

\* \* \* \*  
 \* \* \* \*  
 \* \* \* \*  
 \* \* \* \*

Substituir las estrellitas por letras de modo que, leídas horizontal y verticalmente, resulte: 1.º general romano; 2.º, meteoro lumínico; 3.º, flor; y 4.º, verbo.

JOSÉ MONTÓ.

Charadístico

- 1.ª Pronombre relativo.
- 2.ª Tiempo de verbo.
- 3.ª Nota musical.

El *todo*, el nombre de un inspirado y célebre poeta español del siglo XVII.

A. LABORI.

Soluciones á lo insertado en el núm. 546

TARJETA.—El Milagro de la Virgen.  
 ADIVINANZA.—En que trabajan con la cabeza.  
 CARTA LOGOGRÁFICA.—Aniceto Bru.  
 CRUZ:

M J M  
 A U A  
 M A C A R I O  
 J U A N I T O  
 M A R I A N O  
 I T N  
 O O O

Correspondencia

A. C. del D.—Se insertará el trabajo remitido últimamente.

3 Amigos.—El *goven* poeta de que hablan, tiene, efectivamente, un gran porvenir. Por las muestras merece que las Musas le conduzcan del ronzal al pesebre.

E. M. L. V.—*Madrid*.—Si no semanalmente, porque tenemos abundancia de original, puede remitir lo que guste cada quince ó veinte días.

SE AUMENTA LA SALIVA que escasee por cualquier causa, con un buche de *Licor del Polo de Orive*, el cual refresca deliciosamente la boca, fortificando las encías.

M. G. R.—*Madrid*.—Se recibió su original, que se publicará oportunamente.

Wen-Roca.—*Granada*.—Su «Realismo» no tiene gran interés. Puede hacer algo mejor y se publicará.

S. R. C.—*Puerto Real*.—Va bien su artículo y se publicará.

L. M.—*Jaca*.—¡Descansado se habrá usted quedado, amigo! ¡Lástima de pan que amasan los tahoneros para quien escribe versos semejantes!

EXÍJASE el *Bálsamo antirreumático de Orive* con la inscripción *Farmacia de Orive*, Bilbao, en vidrio y cápsula, y de color verdoso. 2 pesetas frasco, farmacias.

S. de la M.—*León*.—¿Dónde ha visto usted que un soneto tenga veinte versos y que éstos sean octosílabos?

K. D. Tito.—Me complace ver que va usted adelantando y tendré mucho gusto en recibir nuevos trabajos suyos. Sobre todo, estudie usted y elija buenos modelos.

R. J.—*Santiago*.—Emplee usted su musa en escribir algunos «Gozos» á San José y no unos «Goces» para LA SAETA.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
 Año. . . . . 11 ,  
 Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 ,  
 Número corriente, 20 céntimos.  
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



Su amigo la miró á su vez y la reconoció, sin duda, porque la saludó.

—¿La conoces?—le preguntó Luis.



CARMEN

—Sí. Es Carmen, la institutriz de la nieta del barón de la Torre.

—Pues te aseguro que es una muchacha preciosa.

—¡Ya lo creo!—contestó su amigo sonriendo.

—Y de esa misma opinión debe ser, sin duda, el secretario del barón, que está locamente enamorado de ella.

—¡Hola! ¿Conque también tenemos amante?

—Según me decía el barón el otro día, ella no le quiere mucho; pero, al fin y al cabo, no tendrá más remedio que casarse con él, porque es pobre, carece de recursos, no tiene familia, y Lorenzo, que así se llama el secretario protegido por el barón, puede ser algo.

—Pero si ella no le quiere...

—Yo creo que ella no quiere á nadie, porque la verdad es que tiene tres ó cuatro pretendientes. Sin ir más lejos, el hijo de mi mayordomo también le hace el amor. Pero á ése ya comprendo que no le pueda querer.

—¿Por qué?

—Porque tiene una cabeza destornillada. Es arrebatado, jugador, pendenciero. Su padre no ha podido hacer carrera de él; le ha echado á la calle dos ó tres veces, hemos tenido que sacarle de la cárcel en más de una ocasión y ahora no sé por dónde anda.

—¡Pues lo que es el mozo está bien recomendado!

—Ya tuvo una pelotera con el secretario del barón; pero Lorenzo se las tuvo tiasas y hubo de sentarle bien las costuras.

La conversación de los dos amigos versó después sobre diversos asuntos, y ya no se volvió á hablar más de Carmen.

Sin embargo, el recuerdo de ésta no se borró de la imaginación de Luis.

Aprovechó la circunstancia de la cacería para que su amigo le presentase al barón y allí tuvo ocasión de hablar á la institutriz.

Esta realmente reunía todas las condiciones que puede tener una mujer para agradar.

Era hermosa, afable, instruida, tocaba el piano y cantaba admirablemente, haciendo resaltar mucho más estas cualidades su excesiva modestia.

Hecho el conocimiento, Gosálvez visitó más de una vez la quinta del barón.

Y empezó á insinuarse con la hermosa institutriz.

Luis, aun cuando algo entrado en años, no carecía de dotes para seducir á cualquier mujer por exigente que fuera.

Carmen acogía sus palabras con agrado, y cuando llegó un momento en que él aventuró algunas palabras de amor, la joven le detuvo, diciéndole:

—Dispéñeme usted, don Luis, dispéñeme si le interrumpo; pero no puedo ni debo seguirle en ese terreno. Estoy comprometida con un hombre á quien, tal vez, no ame todo lo que debe amarse á un esposo; pero es un hombre honrado, me quiere, y, sobre todo, el señor barón es quien ha concertado nuestro matrimonio. Ya ve usted si le soy franca.

—Pero si su compromiso no existiera, si realmente fuera usted libre, ¿podría yo esperar...?

—Como que eso es completamente imposible, juzgo inútil que hablemos de ello.

De este modo puso término la joven á la declaración de Gosálvez.

No podía ella presumir que la fatalidad, poniéndose de parte del caballero, la iba á empujar hacia el abismo donde debía sucumbir.

Pocos días después, una noticia terrible circuló por el país.

Lorenzo, el secretario del barón de la Torre, había sido asesinado en medio de la montaña.

(Continuará.)

EL DIABLO COJUELO.





De D. H. Romero Orozco, para anuncio de corridas de toros (núm. 333 del catálogo)



# LA SAETA



20 cénts.

CARMEN CALVÓ

Núm. 548



# UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—Os ruego que no le peguéis á ese animal, Gay. Os le compro por el precio que queráis.

—Señor, es verdad que es hermoso y de una excelente raza; pero aunque me dierais veinticinco luises de oro, no os lo cedería en este momento, porque me daría vergüenza. Os lo enviaré la primavera próxima, que ya será un perro perfecto.

—Comprendo ese juicioso retardo,—repuso Daniel riendo;—eso quiere decir que para dicha época habrá terminado sus estudios.

—Sí, señor,—repuso Gay seriamente;—y eso me hace pensar en que tengo que comprar un sueldo de bramante, porque no lo tengo ya en mi látigo.

—¡Hola, señor Gay! ¡Ya sabía yo que os encontraría por aquí!—dijo la pequeña Baby, que apareció en un recodo del sendero, por el que subían los tres.

—Hija mía, ¿quién te envía,—dijo el guarda,—sola y á esta hora por el bosque? ¿No tienes miedo?

—No, señor Gay; pero ¿de qué queréis que me asuste? He guiado á un hermoso señor de París, que ha venido á buscaros al molino, lo mismo que al señor,—añadió, designando á Daniel,—y está esperándoos en la encrucijada de la Cruz, paseándose de un lado á otro, no habiendo querido bajar al sendero porque teme que el rocío le eche á perder sus botas charoladas.

Desde que Collinet apercibió á Daniel, exclamó:

—Vamos, vamos, apresurémonos á volver al castillo, porque ya han dado las ocho.

Digamos de paso, que Collinet se había despojado de su traje de cazador y se había puesto su frac negro y calzado con botas charoladas.

—Y tú, Daniel,—añadió,—tú que me has recomendado la exactitud, asegurándome que la viuda era inexorable sobre este punto, no debes ignorar que su casa es muy digna y que tiene un servicio magnífico.

Apenas hice caso de la charla de mi amigo, con mayor motivo cuando la llegada de *Parpaillot*, á quien su amo no quiso abrir la puerta que acababa de cerrar, obligándole á que diese la vuelta y entrase por la verja, nos distrajo algunos momentos.

Sin embargo, Collinet siempre encontraba algún momento oportuno para hablarme con entusiasmo de la suntuosa comida que nos aguardaba.

Hablando así, sonó el toque de la campana que llamaba al comedor, sin que Daniel mostrara impaciencia por presentarse en él, á pesar de las repetidas excitaciones de su amigo.

Unicamente cuando sonó el segundo toque y advirtió que la dueña de la casa, acompañada de su familia, entraba en el comedor por el lado opuesto al en que ellos estaban, fué cuando se decidió por entrar.

—El segundo toque de campana hace diez minutos que se ha dado, caballero; sin embargo, hemos esperado vuestra llegada para sentarnos á la mesa,—dijo aquella noble señora, sentándose gravemente.—Pero Gay,—añadió prontamente,—acaba de contarnos en breves palabras el baño del alguacil Mouflet y la generosa presa de *Parpaillot*, lo que excusa vuestra tardanza.

## IV

### La cena

La castellana estaba acompañada de su hija, la que, á su vez, tenía en torno suyo tres niños pequeñitos que jugaban y la abrazaban al mismo tiempo.

La joven madre tomó simplemente en sus brazos al más chico, que era un hermoso niño, blanco y sonrosado, y lo colocó en sus rodillas.

—Parece que éstas son la mesa y la cama de ese caballerito,—dijo Collinet á Daniel en voz baja.

—Alimentar á sus hijos y educarlos, es un ejemplo que dan muchas personas de las mejores

(Sigue en la penúltima página.)